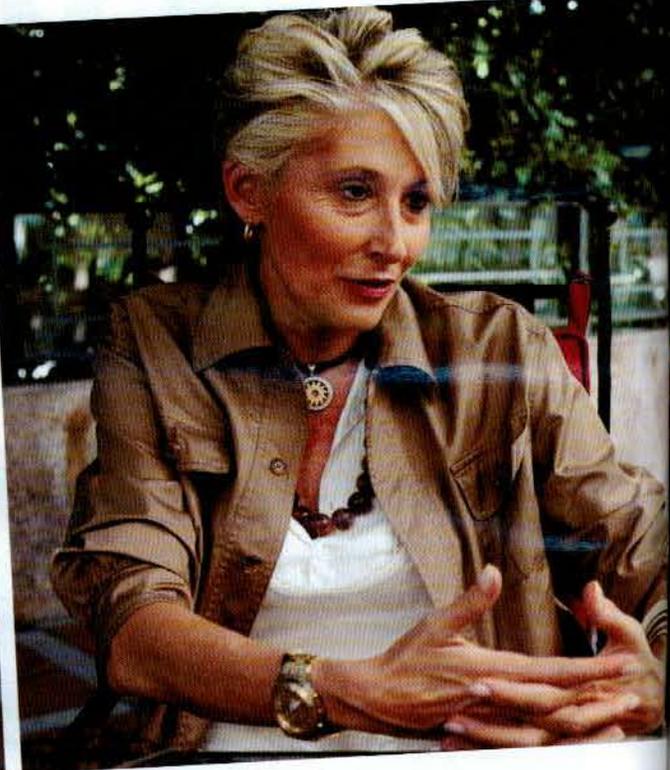


más fuerte. Y ahí hubo una inflexión. Cuando debí acudir al médico para empezar a 'soltar' el tratamiento —los antidepresivos y psicofármacos siempre han de dejar de tomarse de forma gradual, con vigilancia médica—, cometí el gran error: seguí tomándolos sin supervisión médica. De ahí

emociones alteradas. ¿Te das cuenta?”, me zarandea cambiando de tono. “En el 92, en esta vorágine, me quedé viuda. ETA asesinó a mi marido. Yo tenía 35 años y un niño pequeño. ¡Date cuenta! A los seis días estaba como si nada, en mis clases de la Universidad. Fueron años terribles. Y yo, más y más

sus hermanas murió accidentalmente a causa de una adicción. “Tampoco supimos nada de la adicción de mi hermana hasta que no fue tarde. Sí, quizá bebía demasiado, pero no parecía tener un problema. Casi al final, cuando intuí que estaba mal, le pasé casualmente el contacto de una clínica de desintoxicación que había visto en un folleto. Lo que aún no sabía era que ese panfleto, tiempo después, sería el clavo ardiendo al que yo me agarraría para recuperar mi vida”.

CONSUMES PARA ESTAR BIEN. Y LO LOGRAS. CREES QUE LO ESTÁS



a que la dosis inicial ya no me hiciera efecto sólo hubo un paso. Y la aumenté, incluso empecé a tomarla con alcohol. Comencé a tener síntomas de adictos. Pero no era consciente. Quería evadirme. Tenía prisa... hacia la nada”. Sol es fuerte, fuma y gesticula. Y habla con la claridad, el aplomo y la crudeza de quien sabe que ha superado el problema.

Pasé del verde al rojo sin pasar por el ámbar.
Mi vida era un cúmulo de

ciega en mi autodestrucción”. “¿Y nadie se daba cuenta?”, pregunto. “Nadie. No se notaba nada. Yo lo noto ahora, que he vuelto a ser yo. Pero por fuera no se percibía. Consumes para estar bien. Y lo logras. Estás normal. Te crees que lo estás. Es la enfermedad del autoengaño. ¡Ay! Pero que no te falte, porque te vuelves loca. Nadie que no lo haya pasado lo entiende”.

En esos años de bajada a los infiernos, el calvario de Sol no había terminado. Siete años después de quedarse viuda, una de

Tras la muerte de su hermana, Sol tuvo que revolver entre sus cosas en un intento por continuar con la rutina a la que obliga la vida. “Y allí, mientras ordenaba sus papeles, entre una maraña de cosas, estaba el folleto de aquella clínica que yo le sugerí a mi hermana, y con la que, a todas luces, nunca contactó. Me lo guardé. Poco tiempo después, por mi propio pie, ingresé en el Centro Terapéutico del Vallés, pionero en aquel momento. Era el centro para toxicómanos que se anunciaba en aquel panfleto”.